

Los Libros

TEMPERATURA, de *Francesc Trabal*

Cuando llegue la hora del *Juicio Final* de los libros y el Dios que presida el gran tribunal se encargue de poner a unos a su derecha y a otros a su izquierda ¿qué hará, nos preguntamos curiosos, con «Temperatura»? No sabríamos anticiparlo, ignorando si el criterio divino va a tomar en cuenta diferentes puntos de vista para juzgar con justicia, o si sólo apreciará la indiscutida calidad artística, y si ésta descansará en la opinión de los críticos terrestres, pasando luego a la revisión de los críticos angelicales, y siéndole presentada al Todopoderoso sólo la selección de las obras. Tampoco sabemos si existirán en el Cielo algo así como lo que llaman los editores «Colecciones» o «Bibliotecas», que permiten encajar dentro de un tipo dado las obras que se lanzan a escribir los pobres escritores sin prever si habrán de caber en tal o cual y arriesgando quedarse en el limbo si no caben en ninguno. Mientras los ángeles de la crítica discutan este punto, lo que no puede dudarse es que ahí están entretanto, «pele-mele», las obras de los mortales y sobre todo las de los inmortales, amontonándose, sin embargo, con cierto orden dentro de su desorden: poesía, ensayo, novela, etc.; luego, novela de costumbre, novela policial, etc.; luego, entre éstas las de difícil clasificación; las que, como los «Declassés» de Tristán Bernard, han llegado a formar una clase olvidada por las «Co-

lecciones» y Bibliotecas. Y por eso nos imaginamos que pudiera muy bien encontrarse esa «Temperatura» metida por ahí entremedio de «L'Atántide», de «Suzanne et le Pacifique», de «Ecoute s'il te pleut», de «La chica del Crillón», de «César y Cleopatra», pues vemos muy bien a su heroína, Anna, mientras espera el Juicio, saltando de las páginas del libro, que es su *escenario*, para darle la mano a esa infantil Cleopatra juguetona de G. B. Shaw, a la enigmática hija de Pierre Benoit, a Suzana, a la chica de Edwards Bello y a muchas otras Evas, sin olvidar la de la comedia Kimeraland que habitó en la Luna, reino no muy distante de Annasia. En efecto, nuestra primera madre, la mujer del ilustre Adán, no ha terminado su historia con salir del Paraíso: y la terrible fruta, aquella manzana de tantas consecuencias, se ha seguido probando y aun comiendo del todo hasta nuestra avanzada era atómica, con algunas variantes, naturalmente, no siempre es Ella quien la ofrece a El, o El a Ella; y así nace la serie de habitantes que pueblan las misteriosas tierras de Gomorra y Sodoma. De manera que se podría asegurar que el papel preponderante de toda historia, no lo desempeña un personaje sino aquella manzana de entrebastidores con su oculto gusano, la serpiente. Hay que andar muy alerta, pues, y si se oyen palabras como: «Sex-appeal», por ejemplo, no dudemos de que anda cerca la Serpiente.

Eva ha sabido revivir no sólo en los libros, sino hasta en los dibujos animados, y un minúsculo personaje que se llama Betty Boop le hará también a Anna algunos guiños en tanto esperen entre la multitud de los procesados, su turno de pasar a la derecha o a la izquierda del Supremo Juez:

La original novela de Francesc Trabal «Temperatura» no parece llevar propósito deliberado de sentar tesis, de estudiar un carácter, de ahondar en las costumbres de su época, y sin embargo todo ello puede juntarse involuntariamente como resultado, entre pirueta y pirueta del personaje, a través de un humorismo tan natural, tan instintivo diríamos, tan brotado co-

mo. viene, que casi daría para una especie de estudio psicoanalítico, si no del autor mismo, de lo humano a través del sueño despierto de alguien que tomó la pluma y la dejó correr a su gusto, como si le hubieran aconsejado sabiamente: déjese llevar: no oculte nada; si sale un disparate: ya leeremos entre líneas los significados. Y así va subiendo o bajando la línea mercurial en el temperamento de Anna, según los encuentros con los diferentes tipos de hombres, y por medio de lo que marca el imaginario termómetro comprendemos por qué se han escrito actualmente tantos tratados sobre la vida sexual y el matrimonio. Aquí no se vislumbran sombras siquiera de tratados, sin embargo se llega a saber sutilmente, con gracia, qué es lo que Anna necesitaba. Esta Eva insatisfecha, que un azar despierta, y luego al ver esfumarse al hombre que le revela su temperamento, va en busca del amor y sus distintas formas, descubriendo inesperadamente a Herminia, la del experimento musical en el piano blanco, transparente y «sin cuerdas» y se casa con Martel, tipo de marido más o menos completo, después de la desilusión que le causa la vida de oficina: ser para el hombre, en una especie de bigamia, «La mujer de día» (su secretaria), en rivalidad menoscabada con «La mujer de noche» (su esposa) no era aceptable para todo una mujer como Anna.

Y parecería que hubiese de terminar aquí la historia de Anna, pero no. Si tuvo un comienzo, un feliz comienzo, en medio del mar y de la fantasía que le deparan a esta Eva su Adán, aquel magnífico ejemplar de hombre hecho para ella, su apropiada hembra, y que huyó misteriosamente abandonando el barco en el puerto de Guayaquil, ¿no era lo natural que todo fuese búsqueda de Ellos mismos, para la pareja, y llegasen por la fuerza del imán amoroso a encontrarse, aunque fuese en el último rincón del mundo y después de las catástrofes de la Era Atómica? ¿Qué habían de traer, por otra parte, estas convulsiones tremendas de la Tierra y los Océanos, sino la aparición de aquel nuevo Continente, Reino de Anna: Annasia? Eva

ha salido triunfante del caos, y en la Nueva Era no es ya Adán, el dormido a quien se le saca una costilla. Anna-Eva aguarda, aguarda, nada menos que en Peulla, a orillas del más bello lago del mundo: «...la puerta de su palacio de madera se abrió ante las aguas del Esmeralda y su silueta fué divisada por su sombra, a sus pies. Anna gritó tímidamente: ¡Ah!... Nada. Repitió el grito. Nada... (abreviamos). No habla el Eco». Anna espía los árboles: «No habla el Pájaro». Anna tira una piedra al lago y espía largas horas las profundidades de las aguas: «No habla el Pez», Entonces «empezó a gritar, a gesticular, a dar alaridos... corrió, hizo señas... encendió una fogata... hizo una bandera con su blusa blanca... Nada. No habla el Hombre. Anna, impresionada por el silencio milenario se da cuenta de que nadie ha pisado antes que ella ese paraje, sino Dios cuando lo hizo. Se dedicaría, pues, a buscar la huella de Dios: esa sería su Gran Labor: «...buscaría la huella del Creador: Y quizás llegaría a saber exactamente lo que es el Extasis». Saltando unos párrafos, sigamos al autor en sus sutiles intuiciones de la atracción de los sexos y en la pintura simbólica y poética que, desde el más vivo humorismo, nos hace de las profundas leyes del amor, representando a la Mujer dominando en este aspecto al Mundo: «Anna alargó las piernas en la arena y bañó los pies en el Lago Esmeralda... en seguida unos círculos enormes dieron a la orilla el escalofrío de aquel contacto... los pies de Anna se adueñaron del lago el agua, toda, estaba pendiente de su juego... Eran la batuta de una orquesta sumergida que arrancaba del fondo del agua y de la tierra sonidos de eternidad... Anna bajó un poco la cabeza y miró al cielo: le pareció efectivamente captar la entraña del misterio de la vida y de la muerte... estaba más allá de todo... estaba sola... sola... sola con sus pies dirigiendo el movimiento del mundo y el movimiento de los arcanos... si algo fallaba en la orquestación, los cuatro volcanes revivirían espantosamente, temblores arrasarian el mundo, cataclismos acabarían

con la bóveda celeste... Anna tuvo más cuidado... frenó el movimiento de sus pies...» Anna se duerme, e interviene jocosamente, como siempre, el autor para anunciarle al lector que frene la respiración, que se revista de coraje, porque: «en aquel instante, en aquel preciso instante, salió el Arco Iris, —ya nos había presentado Trabal a la pareja enfocada por este mismo arco iris al comenzar la novela, tal como el iluminador, en el teatro envuelve en la propia luz que los destaque los personajes del escenario—un Arco Iris Negro—prosigue—de relieve, amenazador, sin ruido alguno, que se puso como una guirnalda enorme en el espacio: en aquel instante empezó a caer la lluvia de los abismos celestiales... en qué instante...

¡Un hombre!

Un hombre...

Un hombre se deslizaba a los pies de Anna, con los ojos enormemente abiertos, un *hombre* en éxtasis. Un hombre de carne y hueso. Vió los pies de Anna. Sintió la fascinación por los pies de Anna. Era el Primer Hombre de la tierra que descubría en toda su belleza los pies de Anna... y... y...

...lentamente, voluptuosamente, irreprimiblemente, cayó sobre ellos, los mordió y los devoró»...

Era nada menos que el amante prófugo—su *Media Naranja*, en resumen—que Anna no había cesado de buscar inconscientemente a través del mundo entre los demás hombres, el que ella bautizara para llamarlo *Alec!*

—«*¡Alec!*»

Y el grito de Anna limpió el cielo—continúa el autor—. Huyó la lluvia. Huyó el Arco Iris. Los cuatro volcanes hicieron un silbato como de una máquina de tren de vía estrecha y el Lago Esmeralda se puso de pie haciendo de Espejo donde contemplar la Pareja».

Al terminar el libro en una original «Fe de Erratas», nos comunica el autor su mensaje: «El problema de Anna, dice: es el problema de todos. De antes de nuestra época, de nuestra

en que el agrónomo hasta hoy día sólo ha sido inducido a preocuparse de su ciencia y técnica para alcanzar una mayor producción en beneficio propio y de los intereses que le sean confiados. En cambio, el Dr. Boerger aspira a formar al verdadero investigador, a elevar a sus discípulos lectores a la cumbre excelsa de la ciencia, de la filosofía descubridora de la verdad en todos los múltiples aspectos que alguna relación tengan con la producción agropecuaria.

Se convierte así el Dr. Boerger en maestro de maestros ya que contribuirá a formar esa falange necesaria e indispensable de agrónomos que puedan comprender y dirigir la labor de los jóvenes que aspiran a llegar a la honrosa actividad del ingeniero agrónomo. Hasta hoy los profesores de nuestras Escuelas de Agronomía, salvo raras y honrosas excepciones, sólo han velado por la inculcación más o menos forzada de la ciencia agronómica y del arte de la agricultura como medio para surgir en la vida campesina y desarrollar con éxito sus labores productoras. El libro que comentamos,—así lo deseamos ardientemente—habrá de abrir la mente y el horizonte de nuestros profesionales universitarios de agronomía y de inducirles a aplicar todos los sabios consejos que se destilan página a página, capítulo a capítulo, como una síntesis y resultado de casi medio siglo de investigación y experimentación científica agropecuaria y de un estudio perseverante y gigante, muy bien discriminado y asimilado, de literatura mundial que en cualquiera forma o aspecto pueda relacionarse con el fin propuesto de «contribuir a través de sus actividades profesionales al mayor posible bienestar de las masas» (pág. 455).

Al irnos imponiendo de la numerosa y documentada exposición de hechos y de la extensa gama de producción literaria que el Dr. Boerger ha debido estudiar después o fuera de las numerosas horas de trabajo práctico, científico o técnico que ha realizado tan intensamente, no podemos menos de estampar nuestra admiración por el hecho de que todavía haya podido

encontrar tiempo para «pensar» y «coordinar» todas sus observaciones y pensamientos y dárnoslos a través de su reciente obra, como ya lo hiciera anteriormente con su obra *Investigaciones agronómicas* (1943) tildada con justicia de monumental, si consideramos el gran acopio y variedad del material acumulado en 40 años de labor profesional.

Lamentamos que el espacio disponible no nos permita extendernos para exponer ante el lector tantos y tantos capítulos de gran interés profesional y valor humano acumulados en esta obra de disciplina científico agronómica y que deseamos fuera conocida de todos los colegas del continente americano, muy especialmente de los de nuestro país.—ALFRED WOLNITZKY, ing. agr. Dir. Dpto. Agrícola de la Universidad de Concepción.



POESÍAS DE LA ANTIGUA CHINA.—Traducciones de Romeo Salinas.

Romeo Salinas, notable orador, profesor de ciencias naturales, escritor que ha publicado varios libros entre los que se destacan «Leyendas del Mundo Vegetal» y «A la Sombra del Canelo», hermosas versiones de leyendas y tradiciones aborígenes, nos brinda esta colección de traducciones de poemas de la vieja China, bellamente impresa en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, volumen que hace honor a nuestra industria del libro.

La poesía vertida en este volumen es delicada flor de decadencia, belleza quintaesenciada y pura, refinada en los filtros del buen gusto y la meditación. Poesía de matices, de sentimientos delicados, de notaciones furtivas, de música en sordina ofrece innumerables dificultades para su traducción, tarea para la cual el autor ha debido recurrir tanto a las traducciones inglesas y francesas, como a la ayuda de amigos chinos, quienes han podido certificar la fidelidad de las versiones, las que después